

bezas; las flechas del enemigo caen cerca de nuestros pies; la noche tiende su oscuro y ensangrentado manto; la estrella de la vida sonrojada se pierde en occidente. Pronto, solo veremos sombras; y si no te apuras, no tan solo perderé de vista á ese ángel que persigo, sino que un monte, una flecha ó un precipicio, nos pedirán cuenta de nuestra osadía. . . . corre! . . . ¿no la ves? . . . allí vá, más ligera que una corriente eléctrica, y tan hermosa como la virgen de los cielos. . . . vuela! que si logramos alcanzarla, seré yo más feliz que ningun mortal; pero si se pierde á nuestra vista, ella morirá seguramente envuelta en las arenas del desierto, y yo moriré de tristeza! . . . ¡apúrate más! . . . ya el crepúsculo languidece y el simoun sopla con más violencia—duplica tu marcha, que ella lleva paso más acelerado que nosotros,—fíjate que á nuestras espaldas tenemos muerte segura; y á nuestro frente, si andas como un rayo, encontrarás junto al amor, la gloria y la inmortalidad! . . . Así gritaba un hombre á su caballo que con la velocidad de un meteoro surcaba las arenas del Sahara. Era yo mismo que á la muerte de Delia; de mi preciosa, inolvidable Delia, me habia dedicado á cazar en el desierto, y que acababa de descubrir un oasis fecundo, del que se podían sacar grandes riquezas. Sus pobladores, indígenas de tez cobriza y atléticas formas, que nunca habian visto un hombre de cutis blanco y con el cuerpo vestido, acostumbrados tan solo á luchar contra los feroces animales del desierto, creyeron, sin duda, ver en mí á alguno de sus dioses adversos, y llenos de horror se disponían á atacarme.

Yo, me encontré perdido, era solo, montado en mi fiel alazan para luchar defendiéndome contra un crecido número de indígenas; tender al galope y perderme por los montes del Sahara, era imposible, estaba rodeado; entregarme era peor, me matarían al instante; solo quedaba el medio de los valientes: pelear hasta morir. Desenvainé mi espada; los indígenas al verla relumbrar reflejando los luminosos rayos del sol, de ese astro que ellos adoraban, dejaron caer sus arcos y sus flechas. Yo, inmóvil entre aquella horda de salvajes, con la espada en una mano y las bridas en la otra, me creía un gran guerrero proclamando la libertad á un pueblo esclavo. Sin embargo, aquel grupo de individuos, que parecían

mis prosélitos, repuestos del estupor que les produjera aquel objeto de plata y fuego, tomaron de nuevo sus armas y se precipitaron sobre mí. Ya mi espada iba á caer sobre uno de ellos, cuando me detuvo un sonido que se oyó en el espacio; sonido débil, confuso en un principio y que fué aumentando gradualmente, hasta que se percibió claro y soncro; era una voz de mujer, una voz soñada; esa voz que anhelan los tristes en los momentos de emoción loca, cuando piensan en la ingrata que les ha robado el alma; esa voz cuyo eco se siente en nuestra alma, cuando dominados por un transporte desgarrador, la respiración se acelera, el corazón deja de latir y el cuerpo es pequeño para contener el alma! ¡Aquella voz, era triste y alegre á un mismo tiempo; era terrenal y celeste; llevaba entre sus ondas, «suspiros y risas, colores y notas» y era armoniosa, suave, dulce, delicada, pura....

Poco despues se percibió una mujer, una angélica mujer, que corria, corria rodeada por una llama azul, casi sin apoyarse en el suelo. Estaba toda vestida de blanco y sus cabellos sueltos, brillaban pareciendo arrebatarse al sol poniente los últimos rayos de oro.

Cuando aquella emanación del cielo estuvo cerca de nosotros, se percibieron dulces y claras, estas palabras:

„Valiente Alfredo—siempre te quiero.“

Aquella voz y aquellas palabras, despertaron en mi alma un conjunto de ideas, sentimientos y esperanzas que me hicieron olvidar el peligro en que me encontraba; y en aquella mujer creí ver á Delia, la niña hermosa á quien yo habia jurado eterno amor y que la impía parca arrebató cuando apenas contaba diez y siete años; y, unciendo el acicate y azuzando á mi alazan, pasé por entre los indígenas, que estaban atónitos sin explicarse lo que pasaba, para alcanzar á aquel ángel. Al verme correr, empezaron de nuevo á dirigir sus flechas contra mí; pero éstas apenas me alcanzaban, y se desviaban ó perdían su fuerza al llegar cerca de mi cuerpo.

II

La noche, ya habia arrebatado el color al cielo, á las arenas y á los montes; y yo, á semejanza de los Israelitas en el desierto, era guiado por la llama azul que envolvía á Delia.

Habia corrido ya, leguas y leguas, cuando con sorpresa vislumbé en el horizonte, una luz clara, más clara que la del sol, luz que iluminaba una parte del espacio, pareciendo una gran masa de hielo que misteriosamente conservara en la noche el color del día. Delia corría en dirección á esa luz, y la llama azul que la envolvía, al destacarse sobre ese fondo blanco, tomaba más cuerpo, más cuerpo, hasta que formó un medio disco y entonces ví que corría con paso más corto. Cuando me aproximé más, se formó una aureola roja alrededor de Delia, aureola que en un momento tomó colasales proporciones; y luego se formó otra de color índigo que se unió á otra violada. La luz blanca ya había desaparecido. El traje de Delia que ántes era de color de luna, habíase tornado multi-color; la cabellera era lo único que no había variado, conservaba sus reflejos de oro; la bata verde y violada, ajustábase al cuerpo por un cinturón anaranjado; en su vestido se hallaban combinados el índigo y el rojo, y sus pies eran azules como las violetas. El paso cada vez iba acortándolo más y en el cielo aparecían nuevos colores, hasta que estuvieron todos los del iris; pero no de ese iris que nosotros á veces contemplamos, ese iris pálido, triste; eran colores vivos, centellantes, colores llenos de armonía, de revelaciones, de santa poesía.

Yo, sin saber lo que me pasaba y pensando solo en aquella sobrenatural aparición, creía que el camino que recorría era el camino del cielo. No sentía en el pecho nada más que una emoción inefable; creía que abandonaba el mundo, y loco de alegría, me parecía respirar con más libertad—que mi corazón tenía más sentimientos y más amor—que mi pensamiento era más claro y tenía más ideas—en fin: que al elevarme á la mansión de Dios, me elevaba con la conciencia tranquila y con el alma tan pura, como las luces que me iluminaban.

Mi alazan, volaba, cada vez más rápidamente, yo lo desconocía, parecíame que tuviera alas de fuego, y que cruzaba el camino con más lijereza que las ideas por mi mente.

Delia, ya se había detenido y me miraba con amor; entonces, ví de nuevo á aquellos ojos que habían vertido tantas lágrimas en mi pecho. Ya no tenía duda de que fuera ella: era la misma la mirada de sus

ojos—los mismos los colores de su tez— los mismos labios— la misma bondad de su semblante y raudal de poesía toda ella.

Mi caballo, fué acortando el paso, hasta que se oyó una voz que dijo: «alazan detén tu marcha, has concluido la jornada». En vano miré á mi alrededor, buscando el origen de aquella voz; solo y con gran admiración; contemplé ante mi vista un hermoso jardín.

Infinidad de palmeras diversamente iluminadas, cercaban aquel jardín, porción de pajarillos, saltaban de palma en palma, pajarillos que relucían pareciendo tener engarzados en sus alas: brillantes, amatistas, esmeraldas, rubies y záfiro; á un mismo tiempo cantaban y cada una de sus notas repercutían en mi alma, recordándome: la poesía de un suspiro— la dulzura de una mirada— el sentimiento de una lágrima— el amor de una madre— de una hermana— de la mujer amada!

El suelo de aquella mansión estaba completamente alfombrado con hojas de rosa y de pensamientos. A mi derecha había una fuente de la que brotaba un agua matizada por una infinidad de colores, no conocidos en la tierra, y formados por la descomposición de los que nosotros creémos simples

(Continuará.)

A Fidelia

Fidelia son tus ojos
abismos de ternura
colmados de reflejos
de lumbre celestial
donde mi vista avara
se pierde y se extasia
mirando lo que nunca
me figuré encontrar

Pues miro yo en tus ojos
el venturoso cielo
que iluminó mi pecho
con su divina luz,
donde miré extasiado
surgir las ilusiones
que fueron mis ensueños
de dulce juventud

La luz desconocida
que brilla en tu mirada
y vierte centelleando
relámpagos de amor,

son rayos de ternura
son rayos de esperanza
que siento estremecido
llegar al corazón.

La celestial sonrisa
que alumbra tus encantos
y que en mi pecho eleva
precipitado afán
me dice en su lenguaje
que á traducir no acierto:
Rendido á mis hechizos
tu corazón está.

Y entonces me subyuga
la luz de tu mirada
y á tu sonrisa pura
me siento estremecer,
y late atropellado
mi corazón ardiente,
ante su influjo extraño
que resistir no sé.

Y entonces yo te ofrezco
mis gratas ilusiones
y las primicias puras
que encierra el corazón:
te ofrezco mis cantares
te ofrezco mi esperanza
te ofrezco el alma toda
con su infinito amor!

P. Ximenes Pozzolo

Leyenda

(*Continuacion*)

Cuán hechicera y fantástica se ofrecía á la vista aquella joven candorosa, deslizando con presteza y donaire sus diminutos piés por entre el mullido césped del campo, gustando la sabrosa frutilla del arazá y gorjeando como una avecilla para ahuyentar sus penas.

Sin darse cuenta ella misma, había llegado á la orilla del río Uruguay, festoneada por un monte espeso de ñapindaes, ñandubay, pitanga, coronilla y otras variedades de árboles indígenas, cuyos troncos se hallaban entrelazados por una tupida red de enredaderas de toda especie, resaltando entre ellas, la liana de indefinidos brazos y el burucuyá, cuyo fruto semejante á la guayaba es un exquisito manjar para la gente de campaña.

Por cualquier lado que se extendiera la vista, se tropezaba con una vegetación exuberante.

A la llegada de Aminda, numerosas bandadas de mirlos, palomas torcaces y parleras cotorras, habían alzado el vuelo asustadas, de entre el follaje del bosque, yendo á buscar refugio á otra región mas solitaria.

En la orilla del río se entretuvo, observando, ya el zaramagullon de flexible cuello, que flotando gallardo en el ondulante cristal de las aguas del río, á cortos intervalos, como por suerte de magia, desaparecía y aparecía; ya las espumantes ondas que murmurando vienen á morir en la dorada arena que cubre la ribera, para ser despues reemplazadas por otras, teniendo en perpetuo vaiven á aquella vasta sábana de plata.

Otras veces cogía el caracol que la resaca había abandonado en la costa, juntamente con restos herbáceos y otros moluscos, y se lo aplicaba al oído, percibiendo un ruido semejante al sordo murmullo del mar irritado.

Cuando se hallaba mas abstraída en este frívolo entretenimiento, sintió ruido de pasos á su espalda y dió vuelta la cabeza vivamente y recelosa, divisando á Melgarejo que se acercaba pausadamente, saboreando un cigarro y mirando á cada bocanada de humo que arrojaba, los espirales azules que al ascender en el aire éste dibujaba.

Al verlo, una viva sensación de frío recorrió todo su cuerpo, primeramente se tiñó su rostro con el subido carmin del rubor y luego tornó pálida como la azucena.

- ¿Que haceis hermosa Aminda, tan temprano á orillas del río?—preguntóle Melgarejo con voz insinuante y con acento lleno de ternura.

- Nada,— contestó Aminda trémula y encendiéndose como una grana, tengo por costumbre caminar todas las mañanas sin alejarme mucho de casa, pero hoy distraída, he llegado hasta aquí que queda un poco distante, sin notar lo.

— Bella Aminda, recién anoche os hé conocido y ya hoy deseaba fervientemente hablaros, sin tener mas testigos que estas feraces campiñas, el río que corre á nuestros piés, el cielo y Dios;—y parece que una mano misteriosa nos hubiera compeli-

do á ambos, á dirigirnos á este mismo paraje.

—Hablad, dijo Aminda palideciendo y respirando fatigosa, alzándose y deprimiéndose su seno con ligereza, á las bruscas sacudidas de su corazón que palpitaba en movimiento tumultuoso.

—Me perdonareis Aminda, vaya á ser acaso el perturbador de la paz que hasta ahora habeis disfrutado, yo quisiera mas bien callar, no deciros una sola palabra, pero no me es posible, si la razon me dice calla, el corazón me dice habla, y en la tremenda lucha que entablan tan poderosos adversarios, triunfa el último; por eso escuchareis de mis labios esta confesion, cuya buena fé y nobleza jamás debeis poner en duda.

Cuando por primera vez os ví, no creí fuerais un ser terrenal, porque habia en vos, algo de místico, algo de divinal, y en vuestra mirada resplandecia la luz del cielo.

Súbitamente me sentí atraído con fuerza irresistible, me sentí fascinado y mi corazón latió con vuestra vida, y vuestra imagen se encarnó én mi pensamiento.

Hace pocas horas que os conozco y os venero, y es mi amor tan puro como un beso de mi madre y tan grande como la fé que tengo en Dios.

Os lo juro, por lo que hay de más sagrado para mí en el mundo; mis labios no se han manchado ni se mancharán jamás con la baba ponzoñosa del perjurio.

Me direis talvez, que una pasión no puede ser perenne si es hija de la espontaneidad, que una pasión requiere el transcurso del tiempo para acendrase y llegar á ser duradera; y yo os contestaré, que no es cierto, segun me lo dicta el corazón.

Lo que yo siento, no es una vana alucinación de la mente, no es una quimera que forja el espíritu enfermo en medio á su delirio insano, no es algo que lleva en gérmen la brevedad del relámpago, sino algo que condensa la eternidad del tiempo.

Es algo real, á cuyo influjo me siento grande, algo que lo siento palpar aquí, dentro del pecho, algo que me hace experimentar deseos de confundirme con vos, de vagar en lo infinito y aproximarme al trono del Señor.

Si al hombre que ama con idolatría, con fanatismo, pronto á inmolarse su vida en el altar de un amor puro y sacrosanto, el mundo le llama loco, insensato. . . . yo

quiero que me llame loco é insensato, no ambicionando otro galardón por mi sacrificio en esta misera esfera, que vuestro amor más férvido, vuestro amor más excelso,

Aminda sumamente conmovida, nada respondía y parecia que sus labios se revelaban á hablar, temiendo ser víctima de un engaño.

Entonces Margarejo sufriendo horriblemente ante su silencio, desenvainó un puñal y colocándolo en las manos de Aminda y arrodillándose á sus piés, le dijo con lágrimas en los ojos.

—Aminda, tomad ese puñal, clavadlo en mi corazón, prefiero la muerte á vuestro desprecio.

Al sentir Aminda el frío del acero, lo arrojó lejos de sí con marcada repulsion y dijo á Margarejo que aún permanecía arrodillado.

—Levantaos y escuchad la voz de mi corazón.

Si vos me amais con un amor infinito, con toda la vehemencia de vuestra alma, yo creo amaros aún mucho más.

Habia pensado ocultároslo mientras viviera, porque un horrible presentimiento torturaba mi corazón sellando mis labios.

—¿Y qué presentimiento es ese hermosa Aminda, decidlo, no aumenteis mi angustia?

—Voy á deciroslo; hé vislumbrado al través de vuestras palabras, anoche cuando nos contabais vuestra historia, un mundo de sombras y de dolor, un algo misterioso que os habeis empeñado en ocultar.

¿Porqué al llegar á cierto punto de vuestro relato habeis enmudecido, no prosiguiendo la historia de vuestra vida que anhelaba conocer?

¿Qué sombras cubren vuestro espíritu?

¿Adónde vais?

¿Huis persiguido por cuestiones políticas ó martirizado por algun desengaño?

¿No estará ocupado vuestro corazón con la imagen de otra mujer y por despecho me ofertareis quizá vuestro amor?

¿Sereis capaz de engañarme?

—Aminda, vuestras dudas ofenden hondamente mi dignidad, soy un hombre que tengo por norte el cumplimiento estricto del deber, ajustando siempre todos mis actos á la equidad y á la moral, soy á la vez que infortunado, muy pobre, pero en medio de mi pobreza y mis infortunios

soy rico, porque poseo íntegro, el precioso caudal de mi honradez, de mi probidad más intachable, reflejada en el límpido cristal de mi conciencia tranquila y serena.

Abomino al sér humano que sea capaz de traficar vilmente con los sentimientos mas puros de un corazón inocente, y si fuera el autócrata del mundo, extirparia cada uno de esos seres nocivos á la sociedad, como extirpa el paciente labrador la zizaña, que amenguaria la abundosa cosecha de trigo que piensa recolectar, y cuyo producto le proporcionará el sustento de su hacendosa mujer y de sus hijos.

¡Admiro los sentimientos innobles y depravados del sér que se gloria de jugar con los corazones inocentes, como juega una niña con su muñeca, concluyendo por hacerla trizas despiadadamente, para acariciar mañana otra, y despues otra y así sucesivamente!

¿Quereis saber adonde voy, escuchad?

Como ya os hé dicho, hé sido hacendado, mas hoy no lo soy, porque perdí por ciertas eventualidades, toda mi fortuna y con ella mi hacienda.

Sumido en la mayor pobreza, creí un medio de hacer fortuna afiliarme á uno de los tantos partidos en que se halla fraccionada la política de este país, mas en poco tiempo se defraudaron todas mis esperanzas y hoy me veo perseguido tenazmente, hasta el punto de haberse puesto á precio mi cabeza.

Ya veis Aminda, que me habeis ofendido injustamente y que vuestras dudas no tenían razon de ser.

Mañana mismo debo alejarme de aquí, puesto que de lo contrario corro peligro de ser aprehendido.

Soy el ser más desventurado, hoy que os amo con delirio, debo de separarme bruscamente de vuestro lado, y lo que es peor, sin una esperanza tan siquiera de que termine este estado de cosas.

Mi única ambicion sobre la tierra, es vuestro amor.

Decidme que me amais, decidme que sois mia y seré muy feliz en medio de mi desgracia.

—Os amo con toda el alma y os amaré eternamente, no viviré sino para vos.

—Gracias Aminda, cuan venturoso me hacen vuestras palabras; aunque con todo el dolor de mi alma tengo forzosamente que alejarme de vuestro lado, yo os consagraré

mi pensamiento en todos los segundos de mi existencia, y en cada brisa, en cada rayo de luz que acaricie vuestra frente, yo os enviaré los votos de mi mas ardiente amor.

Mañana al rayar el alba, parto con el corazón despedazado y con el alma dolorida.

Vos sereis en mi peligrosa jornada, el ángel de la guarda que con mano protectora desviareis al enemigo y me señalareis el camino de la salvación.

Y diciendo esto, despidióse tristemente de Aminda, besando sus manos una y mil veces y regándolas con amargo llanto.

Despues de mil protestas amorosas, separáronse ambos, y Aminda tornó á su casa, muda, silenciosa y llorando sin consuelo.

(Continuará.)

Amorosa

Cuando la luna serena
Arroja dardos de plata,
Que se doblan y se quiebran
En el cristal de las aguas,
Formando dulces imágenes
Del puro color del nácar,
Sigo tranquilo la orilla
Que el mar con sus ondas baña,
Escuchando los acentos
De las olas encrespadas,
Que se agitan y se rompen
Contra la dura muralla.

En esas horas tranquilas
En que la ciudad descanza
Suelen cantar las sirenas
Desde el fondo de las aguas
Y su acento misterioso
Que los sentidos embarga
Suele llegar á mi oído
Sobre las alas del áura
Levantandose á su impulso
Mis recuerdos y esperanzas
Con los dulces ideales
Que en mi pecho dormitaban.

Muchas veces silencioso
Me detengo á escucharlas,
Por que sus voces parecen
La dulce voz de mi amada;
Pero pronto me desprendo
De ese encanto que me embarga,
Pensando que hay más belleza
Y más dulzura en mi amada

Que en todas esas sirenas
Que entre las ondas se bañan
Y que con la espuma juegan
De las olas encrespadas

Miguel F. Rodriguez.

Causas eficientes de las obligaciones

(CONTINUACION)

¿Pero cuales son esas obligaciones que podemos llamar perfectas? ¿Serán sola y exclusivamente las que conocemos con el nombre de mixtas, vale decir, las que dan accion para pedir su cumplimiento inmediato; ó entran tambien en esa categoria, las naturales y civiles?—Yo creo, aunque á primera vista se tome como paradoja, que tanto las naturales, como las civiles y las mixtas deben considerarse como igualmente perfectas,—plantada la cuestion en el terreno de la teoria, y que solo debido á la imperfeccion del derecho positivo, es que no sucede eso mismo en el inmenso campo de la práctica. Y eso ¿no es realizable?—Considero que sí, pues no es otro el ideal á que aspira llegar la legislacion en sus incesantes reformas.

Pero abandonemos el ideal de la teoria y volvamos al realismo de lo positivo. Según éste, tres son los orígenes de las obligaciones; unas nacen del derecho natural, otras del civil, y las demás del consorcio de estas dos. De aquí el que unas nos sean impuestas por la equidad; otras, que solo mediante nuestra voluntad tienen fuerza para obligarnos, ó que en virtud de una escepcion perentoria nos podemos sustraer á su cumplimiento;—y en fin, las que conocidas con el nombre de mixtas por participar de aquellas dos calidades, nos son impuestas coercitivamente por el Estado.

Las conraidas por un pupilo sin aprobacion de su tutor; de un hijo de familia menor de edad ó no habilitado, sin el consentimiento de su padre ó de quien deba darle legalmente; de ciertas conraidas por la mujer casada sin la autorizacion del marido ó de la ley; la de los incapaces sin la anuencia de sus curadores, etc, son obligaciones que la misma autoridad civil no quiere en unos casos ó no puede en otros

obligar á que se cumplan, por ciertas razones que veremos más adelante, y que solo por equidad, por ratificacion ó reconocida utilidad son válidas en algunos casos.

Las conraidas por un error de hecho; las arrancadas por violencia física ó moral hechas á la persona, ó las nacidas del dolo de una de las partes, son obligaciones civiles, que aun cuando encierran un vicio que las anula, son válidas para la ley en tanto no se pruebe cual sea ese vicio.

Pero las que la ley siempre sanciona y tiene para ella fuerza obligatoria, son las mixtas, las cuales como dice perfectamente el Dr. don Mario Navarro Amandi en su obra titulada «Compilacion y comentario de las leyes civiles vigentes en España»,—«las naturales les dá vida, y las civiles las sanciona, de modo que el obligado se halla sujeto á su cumplimiento y puede ser compelido á llevarlas á cabo aun contra su voluntad».

Con respecto á las naturales es digna de observarse la evolucion que ha experimentado, pues en los primeros tiempos de Roma, estas no eran admitidas en su legislacion civil, sino las que se habian establecido taxativamente, no teniendo valor, fuera de estos casos previstos, cualesquiera otros que surgieran de la equidad; y aun es mas extraña todavia la circunstancia de que fuera de esos casos especializados, no existiera ningun vínculo jurídico, y por lo tanto, ni obligacion ni derecho.

Pero con el ir del tiempo, aquella legislacion fué modificándose paulatinamente, reconociéndose entónces, ciertas y determinadas obligaciones naturales por el derecho pretorio, en que se dejaba librado á la conciencia del Magistrado el sancionar ciertas obligaciones nacidas de la equidad, pasando entónces estas á la categoria de civiles, no pudiendo en esos casos una vez cumplidas ser atacadas de nulidad. (1)

Nuestro Código inspirándose en ese principio de justicia, tambien admite en sus leyes esa clase de obligaciones, no siguiendo en esto á cierto Código—que no recuerdo de donde sea,—el cual no admite ninguna obligacion natural, concediendo por lo tanto á cualesquiera de los conraientes el derecho de repetir lo que hu-

(1) Derecho Romano por el doctor Navarro Viola.

biesen dado, ó escepcionarse de cumplir lo que hubieren prometido.

Algunas critican esta division de las obligaciones en naturales, civiles y mixtas, haciendo los siguientes argumentos.

¿Porque, preguntan, las obligaciones naturales no tienen fuerza ejecutiva en las leyes positivas? ¿Acaso no reunen esa clase de contratos las condiciones requeridas á los demás para ser perfectos? ¿No basta el acuerdo de dos personas sobre una misma cosa, y además, que presten libremente su consentimiento para que exista la obligacion?

¿No es sancionar de esta manera la inmoralidad y la injusticia? ¿Que importa que la muger casada no haya pedido el consentimiento de su marido para contraer una obligacion cualquiera? ¿Por ventura, ¿es inferior al hombre para no comprender si lo que ejecuta es bueno ó malo? ¿A qué esa tutela; á qué rebajar á un ser haciéndolo irresponsable de sus actos cuando libre y voluntariamente prestó su consentimiento! . . .

¿Porqué un menor de edad (entendiéndose por tal aquel que aun no ha cumplido la edad requerida por la ley para obligarse los 21 años) goza tambien de la responsabilidad cuando pueda discernir si el acto que ejecuta le es perjudicial ó conveniente? —¿No hay una irritante injusticia, y lo que es mas, un contrasentido monstruoso en esa prescripcion de la ley? —No decis señores legisladores, que hasta tal edad se puede gozar de esa inmunidad por cuanto hasta ese momento no se es responsable á causa de carecer del suficiente discernimiento? —Y entónces, ¿porque concedéis á otros el derecho de habilitacion, si decis que solo en aquella edad es cuando recien se está en el pleno desarrollo de las facultades? —¿No hay en esto una contradiccion patente con el principio general, y lo peor todavia, una desviacion censurable de la ley eterna de la justicia? —Sí: confesad vuestra inconsecuencia; confesad vuestra arbitrariedad!.....

¡Es de verse que solo por separarse unos dias, acaso horas, de ese tiempo marcado de antemano para entrar en el goce de todos mis derechos y responsabilidad de todas mis acciones, sea dueño hasta ese instante de burlar la buena fé de mi acreedor, cuyo delito no es otro, que el no ver escrita sobre mi frente mi verdadera edad, mi

edad disfrazada con el traje de la aparicion, y cubierta con la máscara de la ley . . .

¿Porqué, yó, si libremente me obligué ó adquirí un derecho en una apuesta, ó en un juego de azar ó de suerte, la ley me niega su sancion, algunas veces en absoluto, como sucede con todos los provenientes de juegos de azar? —Hay formalidad en esto? —¿No hay aquí una palmaria y descarada contradiccion? —Si, la hay; y la hay porque debe legislarse igualmente para todos, y además, porque debe respetares la libertad de contratacion, máxime cuando la obligacion se ha contraido por personas responsables de sus actos y sin ningun impedimento legal.

A . . .

Fuente pura y cristalina
Donde el amor se retrata
Como en un lago de plata
La luz del alba pristina
Del mar misteriosa ondina
Aura que endechas murmura
Es Eloisa tu hermosura
Y en pos de tu huella voy
Que yo satélite soy
Del astro que en tí fulgura

Kara-Koutié

Arriba, el velo azul, donde parecen las nubes niveos cisnes nadadores, y los astros volcando sus fulgores pupilas de un titan que se estremecen.

Abajo, el llano azul, donde se mecen las olas al compas de sus rumores, do saltando los peces voladores, como el oro fundido resplandecen,

Allá arriba, la luna entre las nubes, es un ave de luz que va volando á la ignota region de los querubes; y abajo, entre cerúleas claridades mi nave que las ondas va cortando es un punto entre dos inmensidades.

A. Castro y Barbosa.